

Y Lunes, y Martes, y Miércoles Tres...

Relato anónimo y popular argentino
recreado por **Silvio Marcelo Dall'Ara**



(Silvio Marcelo Dall'Ara): Dura era la vida de Estratón. Huérfano de muy niño, el recuerdo de sus padres era apenas una tibia añoranza de rostros borrosos. Ahora era el criado de la casa de un capataz del pueblo y ganaba su comida trabajando de sirviente. Su triste presente transcurría entre los aporreos que recibía del hijo del Patrón y las tareas cotidianas que le imponían. Sacaba el agua del pozo, hacía las compras en el almacén para la Patrona, lavaba los platos, limpiaba los pisos, regaba la calle de tierra para que no se levante el polvo, cuidaba la huerta de la quinta y, la tarea más fatigosa, salía con el burro cada tanto rumbo al monte para buscar leña para la cocina y la chimenea.

El fornido vástago del Patrón, solía pegarle una cachetada en la nuca cada vez que se cruzaba con él y cuándo éste se quejaba o gritaba, venía el viejo y lo amansaba

con azotes, diciendo entre risotadas que su nene tenía que aprender a mandar y... así lo hizo por varios años, ejercitándose con Estratón.

Pasó el tiempo y los niños crecieron alimentando su mutuo desagrado hasta que ambos tuvieron 16 años. Una tarde de invierno, Batracio, así apodaban al hijo del Patrón sus amigotes, hizo una fiesta en la casa; cuando sus padres estaban de visita en un pueblo vecino hasta el otro día. Al terminar la reunión en la madrugada siguiente, el desorden y la mugre era tal, que Batracio se asustó y despertó a Estratón ordenándole que limpie, bajo amenaza de acusarlo de tamaño desastre.

Tanta fue la mala suerte de Estratón que, cuando apenas comenzaba su tarea, llegaron de súbito los patrones y lo encontraron en medio de la basura que habían dejado los invitados de la fiesta. Nunca olvidaría la paliza que recibió, quedándole grabada la imagen del viejo sacando el cinto y azotándolo sin siquiera preguntar hasta hacerlo sangrar, mientras la vieja enardecida le gritaba:

¡¡¡Pegale, pegale¹ para que aprenda el infeliz!!!

Los gritos del joven despertaron a Batracio que salió de su habitación para encontrarse con la imagen de Estratón acucillado y marcado por lonjas rojas en su lomo que atravesaban su camisa hasta la carne viva. Flojo como era, Batracio estuvo a punto de vomitar cuando vio al criado manchando el piso con su sangre, y más por asco que por piedad, le pidió a su padre que se detuviera. Con su rostro rubicundo abotagado por la agitación del esfuerzo, el hombre cesó y se retiró a sentarse en la cocina acompañado de su mujer, que en medio de los trastos desordenados por la fiesta comenzó a prepararle un té de tilo para que se tranquilice.

Batracio, que había quedado en la sala, venciendo el asco que le daba la sangre, se acercó a Estratón y mirándolo desde sus ojos claros y fríos, le dijo:

-¡¡¡Ni una palabra de lo que pasó al viejo!!!

Estratón resignado se incorporó lentamente, sabía que nadie le iba a creer y se dirigió al lavadero para limpiarse con agua las heridas, que le ardían como si tuviera brasas en la espalda. Ni el frío de la estación invernal lo calmaba. Fue castigado a limpiar la mugre que había generado Batracio con sus amigotes y ese día se quedó sin comer hasta la tarde cuando después de trabajar, recibió una ración de pan de ayer con mate. Cuando el sol comenzaba a ocultarse tras las montañas del oeste, salió la vieja y le dijo:

¹ **Modismo argentino.** En lugar de “pégale” coloquialmente se dice “pegale” sin acentuar la letra “e”.

-Te vas al monte a traer leña y después te acostás² sin cenar.

Con la última porción de pan duro masticándola, Estratón fue a buscar al burro para cargarle las alforjas y ambos salieron por el camino del monte a cumplir su misión. Caminaban lento por los senderos y se detenían de tanto en tanto, como si el burro percibiera su dolor. A Estratón le faltaba aire, estaba débil y sentía el frío del invierno con la sola camisa que llevaba puesta. El burro lo hociqueaba como si quisiera consolarlo y Estratón le acariciaba el hocico con cariño. Se dejó guiar por el animal por un sendero que se hacía cada vez más estrecho y selvático mientras los coyuyos silbaban su último canto a medida que la luz se difuminaba en la tarde noche del monte.

Las rodillas de Estratón se doblaban por su debilidad y decidió descansar en una roca al costado del sendero, mientras el burro comía unas hierbas silvestres. La tarde se hizo noche, una clara noche de luna llena. Sin darse cuenta se durmió con un sueño ligero, pues de tanto en tanto, llegaban a sus oídos unos murmullos lejanos del bosque que lo despertaban y le llamaban la atención. Se incorporó y junto al burro siguieron un sendero hasta llegar a una elevación flanqueada por dos inmensos árboles, que dejaba traslucir una rara y difusa luminosidad que se hacía más intensa mientras se acercaban. Una vez en la cima de la loma, encontraron una extraña hondonada circular como un anfiteatro natural, iluminado en su centro por una inmensa fogata. Por encima del crepitar de las leñas ardientes, el extraño murmullo crecía mientras unas sombras comenzaron a insinuarse hasta que formaron un círculo de oscuras y breves siluetas alrededor de la fogata. Ante el asombro de Estratón, que por miedo a ser descubierto ató al burro y se agachó para observar escondido, las siluetas comenzaron a bailar una extraña danza rítmica acompañada de tambores que surgían del bosque.

Los murmullos crecieron hasta transformarse en voces agudas que repetían frenética y rítmicamente una extraña canción que decía:

-Y lunes y martes y miércoles tres...

-Y lunes y martes y miércoles tres...

-Y lunes y martes y miércoles tres...

Luego la ronda giraba cada vez más rápido mientras seguían cantando

-Y lunes y martes y miércoles tres...

Hasta que, con la tercera repetición llegaron a un frenesí, atronando el bosque con esas enigmáticas palabras:

-Y lunes y martes y miércoles tres...

Y cuando terminaron la tercera ronda se produjo un súbito silencio... y uno de estos pequeños seres gritó:

-¡¡¡Ahora!!!

² **Modismo argentino** de uso coloquial.

Y luego cantaron desesperados:

-Y jueves y viernes y sábado...

Pero al llegar a este punto la ronda se rompía y los extraños seres pequeños gritaban alaridos desahogados mientras se golpeaban entre sí, hasta caer exhaustos al suelo y quedar en silencio absoluto. Después de unos minutos se fueron levantando uno por uno y formaron con paciencia la ronda nuevamente para empezar a girar despacio repitiendo como un murmullo:

-Y lunes y martes y miércoles tres...

-Y lunes y martes y miércoles tres...

-Y lunes y martes y miércoles tres...

Repitiendo el crescendo en la segunda vuelta:

-Y lunes y martes y miércoles tres...

Hasta llegar a la apoteosis de la tercera ronda:

-Y lunes y martes y miércoles tres...

Cuando ese momento uno de ellos gritó nuevamente:

-¡¡¡Ahora!!!

Y todos continuaron:

-Y jueves y viernes y sábado...

Pero antes de que comience el caos nuevamente; Estratón, sin saber por qué, emitió un alarido diciendo:

¡¡¡¡Sábado seis!!!

Nunca imaginó lo que le tocaría presenciar después de su intervención. Los pequeños seres comenzaron a cantar:

-Y lunes y martes y miércoles tres...

-Y jueves y viernes y sábado seis...

Repitiendo con algarabía y felicidad la canción en varias rondas... hasta que uno de los pequeños dijo:

-¡Vamos a buscar a nuestro benefactor!

Y la ronda de seres se transformó en una fila, que como una serpiente brillante trepó por la ladera de la hondonada entre cánticos y risas hasta llegar a su lado. Lo llevaron en andas hasta un lugar ceremonial, donde ofrecieron una fiesta para el joven y su burro con manjares que nunca habían probado. Curaron sus heridas, lo vistieron con las mejores ropas y lo nombraron visitante ilustre de las colinas. La noche parecía interminable y continuó como si el tiempo estuviera detenido, hasta que el joven, de golpe recordó el encargo que tenía y con preocupación dijo a los pequeños seres que debía volver. Para despedirlo le regalaron una alforja colorada

de la cual, le dijeron, podría sacar las monedas de oro que necesitare. Al despedirse, sus nuevos amigos le dijeron que algún día lo volverán a ver. Estratón tomó la alforja colorada que no pesaba nada, pensando que los pequeños seres le habían jugado una broma. Igual la recibió agradecido y con su burro, remontó la cuesta hasta salir del anfiteatro. Luego se puso a recoger leña para regresar. La noche estaba fría y después de mucho caminar llegó a la casa de sus amos. El Patrón, que estaba en la puerta, se asustó como si viera un espectro y gritó.

-¿Qué haces aquí, vestido de manera tan extraña? ¡¡¡Desgraciado, nos robaste el burro y ahora tienes el descaro de volver!!!-

-Traigo la leña que me encargaron-. Contestó Estratón desorientado por la extraña acusación.

Al escuchar las voces, la Patrona y Batracio salieron sorprendidos, mientras la Patrona gritaba:

-¡Ladrón, ladrón, voy a llamar a la policía!-

-Yo no hice nada, sólo traigo la leña que me encargaron- contestó Estratón.

-¡¡¡Claro... tres años después!!!- Replicó la mujer encolerizada.

El Patrón se acercó y le quitó el burro y Batracio empujó a Estratón hacia la casa para encerrarlo hasta que llegue el comisario del pueblo, que la mujer se apresuró a llamar. El joven no salía de su asombro hasta que ingresó y vio en la pared un almanaque de 1921 con los días prolijamente marcados hasta el 21 de junio; justo el día que lo golpearon y que tuvo que salir a buscar leña... pero en 1918. Sentado en un rincón estaba moviendo las piernas con nerviosismo, cuando sintió un sonido metálico que venía de la alforja colorada que llevaba cruzada como un bolso. Metió su mano y sintió varias monedas y se animó a decir:

-¡¡¡Puedo pagar el burro!!!

Entre carcajadas sardónicas de los dos captores. el viejo le contestó:

-No creo que puedas pagarlo, pues el burro vale tres monedas de oro por el tiempo que no lo pude hacer trabajar.-

Estratón metió su mano en el bolso, sacó tres moneas de oro y se las dio al Patrón. Éste asombrado las recibió, las mordió para probar su autenticidad y se las dio a su hijo para que lo compruebe también. El viejo se acercó y amenazándolo, le preguntó de dónde las había robado. Estratón, con astucia le dijo que sólo le iba a contestar si levantaba la denuncia, le entregaba el burro que había pagado y lo dejaba ir; cuando en ese momento llegó su mujer con el comisario.

El codicioso viejo, al verlos entrar y ante el asombro de su fémina le dijo con voz melosa a la autoridad:

-Todo ha sido un mal entendido, Comisario, una confusión.

Ofuscado el oficial se retiró advirtiéndoles que la próxima vez que lo molestaran por una tontería los detendría y se retiró dando un portazo. La mujer miraba al viejo esperando una explicación y ante su asombro, le mostró las tres monedas de oro diciéndole:

-Encontró un botín de oro y nos va a decir dónde está el resto.-

Así fue que Estratón comenzó a relatar todo lo que le había pasado desde aquella noche, cuando partió a buscar leña adentrándose por el sendero del bosque hasta la colina, que tenía en su cumbre aquella hondonada donde los pequeños seres cantaban tan extraña canción. No ocultó ni un solo detalle, pues no estaba acostumbrado a mentir. Después de escucharlo con atención, la vieja codiciosa le ordenó a su hijo, el Batracio, que vaya al monte boscoso a buscar esa fortuna, pero que lleve el corcel más elegante y fuerte que tenían y no al viejo burro que lo iba a dejar en medio del camino. Así partiría el codicioso Batracio tras el oro de los pequeños seres, mientras sus padres esperarían su regreso triunfal vigilando a Estratón, al que le habían mentido que lo dejarían partir si sus dichos eran ciertos, pero en realidad pensaban matarlo para que no difunda la historia

Batracio, después de una cena abundante con sus padres, que no compartieron con Estratón; subió en su brioso caballo, abrigado con un cálido tapado de piel y comenzó a marchar por el camino que le había indicado el criado, musitando burlonamente la extraña canción: “...y *lunes y martes y miércoles tres...y Jueves y viernes y sábado seis...*”, mientras espoleaba con brutalidad al animal para llegar más rápido; sin embargo y luego de un tiempo de cabalgata, el caballo se empacó³ y no quiso avanzar más. Ello despertó la ira de Batracio, que terminó lastimando al animal con sus espuelas para finalmente desmontar. Contrariado se sentó en una roca aledaña y el caballo aprovechó para huir. Al intentar seguirlo llegó una ladera y sin quererlo, se encontró con la lomada flanqueada por dos árboles, tal como había relatado Estratón y percibió la extraña luminosidad que emanaba de la cima.

Una súbita sensación de euforia lo embargó y con sigilo se acercó hasta arriba desde donde pudo ver la hondonada con una llameante fogata en su centro, justo en el momento que ingresaban los seres pequeños. Se acomodó detrás de un matorral para espiarlos y a los pocos minutos comenzaron a sentirse los murmullos, primero ininteligibles para después transformarse en agudas voces que repetían la consabida canción que Estratón había ayudado a completar:

*Y lunes y martes y miércoles tres
Y jueves y viernes y sábado seis*

Al terminar la canción hacían un breve silencio; para luego, con risas y bailes estafalarios, reiniciarla despacito con murmullos rítmicos para culminar en un crescendo que volvía a estallar con la repetición de esos mágicos versos. Batracio observaba pensando lo ridículos que eran esos enanos y cómo le darían su oro con sólo agregarle una frase a esas estúpidas estrofas. Pensó que había llegado el momento de hacerse ver. Los pequeños seres comenzaron a cantar:

³ **Modismo argentino** usado para indicar que un animal de tiro decide quedarse quieto y no moverse

*Y lunes y martes y miércoles tres
Y jueves y viernes y sábado seis*

Y, en la breve pausa que precedía al estallido de risotadas, Batracio se incorporó detrás del matorral en el que estaba escondido y con las palmas de las manos haciendo bocina, con su vozarrón estertóreo, disparó como un tiro la frase:

¡¡¡Domingo siete!!!

La pausa se transformó en un silencio más prolongado, mientras los pequeños seres dirigieron la mirada hacia Batracio con sus ojos amarillos encendidos de furia, hasta que uno de ellos gritó:

¿Quién arruinó nuestra canción?

Nadie pudo saber qué pasó, pues Batracio regresó a su casa tres días después congelado, maltrecho, golpeado, sin su caballo y sin su abrigo de piel. Luego de hablar con sus padres; decidieron abandonar el pueblo dejando la casa a Estratón, quien entonces se enteró que antes había pertenecido a sus padres y que el Patrón la había usurpado con artimañas. Nunca más se supo de ellos. El joven se casó con una vecina del pueblo, tuvo una larga y próspera vida con muchos hijos y nietos, con su burro y el caballo que reapareció y su historia se hizo muy popular; tanto que, cada vez que alguien habla alguna macana⁴, desde entonces suele amonestárselo diciéndole *¡Ya salió con su domingo siete!*

Siendo Estratón muy anciano y ya viudo, una tarde de invierno salió a caminar y nunca más se lo vio. Los andarines que pasan por el pueblo y se adentran por los senderos del monte, cuentan que durante los atardeceres suele sentirse un inasible rumor que parece decir:

*Y lunes y martes y miércoles tres
y jueves y viernes y sábado seis*

A la hora que las tardes invernales del pueblo se diluyen en la noche.

⁴ **Modismo argentino** que indica que alguien habla una zoncera o algún sinsentido.